

A las injurias, a los dicterios de la mu-  
chacha, el cohetero sólo respondía:

—Madrugaras, filla, madrugaras... Quien  
no madruga, no llega a la misa. ¡jé! Y de-  
járate de meigallos y de encantaciones.  
La encantación es llegare antes y tenere el  
ojo abierto. Anda, y tira al fuego las mei-  
guerías y la uña de la Gran Bestia. A te  
acostar... Pacencia y dormire.

—No se ría tanto —rezongaba ella som-  
briamente—. Mire que le puede salir cara  
la risa.

A partir de este momento, la incertidum-  
bre envuelve el episodio... La aldea de  
Baizás sólo pudo saber que poco antes de  
la salida del sol un ruido espantoso estre-  
meció las pocas casas de la aldea, la mis-  
ma iglesia, que pareció bambolearse. La  
morada del cohetero acababa de saltar,  
como castaña en hoguera. Al discurrir so-  
bre las causas del caso atroz, opinaron los  
mejor enterados que Madruguero tenía  
preparado el fuego de la fiesta patronal, y  
por descuido, dejaría caer un ascua del fo-  
gón sobre tanta pólvora. Se encontró su  
cuerpo carbonizado, no lejos de Micaela. Y  
sólo un año después se averiguó que el  
cohetero era rico. Un sobrino descubrió los  
caudales, depositados en seguro en Com-  
postela.

Condesa DE PARDO BAZAN.



*El Corazoncito de una campesina*  
por Berta Ruck

La popularísima y original Berta Ruck  
ha escrito con esta obra una de sus más in-  
teresantes y amenas novelas, y sabido es  
que ambas cualidades son las que predom-  
inan siempre en esta genial autora ingle-  
sa, aparte de la gracia intensa y espontá-  
nea, la deliciosa feminidad y la frivolidad

alada que campean en toda su producción,  
dándole singular hechizo.

El asunto está basado en la prestación  
personal que durante los últimos tiempos  
de la gran guerra hicieron las mujeres in-  
glesas para atender a las labores del cam-  
po, abandonadas por la falta de brazos  
masculinos que la tremenda lucha imponía  
en todos los servicios interiores de las na-  
ciones beligerentes. Esto dió lugar a la  
creación de las «Brigadas Campesinas»,  
formadas por mujeres patriotas que se re-  
clutaban principalmente en Londres y en  
las principales ciudades británicas.

Las aventuras de dos jóvenes amigas  
empleadas que se alistan en las «Brigadas  
Campesinas», (una de ellas muy sentimen-  
tal y femenina, y la otra, enemiga acérrima  
del sexo fuerte); el extraño proceso de  
sus amores en el arcádico país de Gales,  
donde son destinadas y la descripción de  
su vida en aquel ambiente que contrasta  
tanto con el supercivilizado de la gran me-  
trópoli, son los elementos con que Berta  
Ruck urde la trama de esta originalísima  
novela, cuya sucesión de hechos e inci-  
dencias da la sensación de la vida misma,  
con todos sus pintorescos albures y funam-  
bulismos.

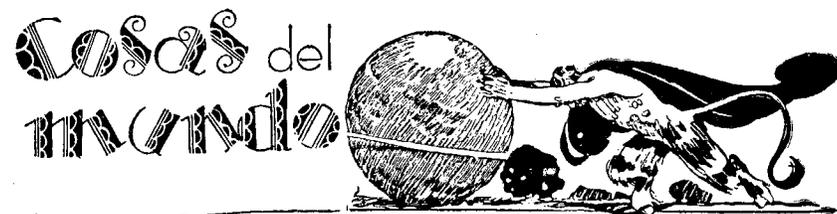
La traducción, es tan perfecta que per-  
mite saborear íntegramente todas las dono-  
suras y gracias del travieso estilo de la fa-  
mosa autora.

Novela publicada en la colección «La  
Novela Rosa» con el número 94.

Un volumen en rústica, 1,50 ptas.—Edi-  
torial Juventud S. A.—Calle Provenza, 216.  
Barcelona.

**Siempre  
Novedades** Librería Gómez Velasco

ILUSTRACIÓN CASTELLANA llega  
a todos los Centros de Cultura y Casinos de  
España, por lo que el anuncio adquiere ex-  
traordinaria publicidad y provechosos bene-  
ficios.



**Curiosidades**

En la batalla de Trafalgar, el cañón más  
pesado que se usó arrojó un proyectil de  
sólo 32 libras, que tenía 64 pulgadas de  
diámetro.

San Francisco Solano fué el único santo  
que haya estado en Buenos Aires. Cuenta  
un historiador que San Francisco Solano  
construyó con sus propias manos las pri-  
meras paredes de adobe del actual convento  
de la Orden franciscana.

En ciertas poblaciones pequeñas y po-  
bres de los Estados Unidos, la gente se de-  
dica exclusivamente a criar y engordar ser-  
pientes, que luego venden a los museos, a  
los dueños de menageries, a los jardines  
zoológicos y a algunos químicos

Está dando excelentes resultados un  
nuevo sistema de plantación, más sencillo  
y económico que el corrientemente usado.  
Consiste en remover la tierra en una su-  
perficie circular de 75 centímetros de radio  
hasta una profundidad aproximadamente  
igual a la de las raíces de la especie que  
se ha de plantar, disminuyendo la profun-  
didad a medida que se aproxima a la pe-  
riferia de la superficie removida. Por debajo  
de esa profundidad debe removerse el ter-  
reno en toda su extensión en unos 20 cen-  
tímetros, teniendo buen cuidado de no re-  
mover la tierra ni voltearla.

Sobre la tierra aflojada, y en la parte su-  
perior, se aplican los abonos, y después,  
separando la tierra con una pala, para de-  
jar paso a las raíces, se entierran éstas,  
comprimiendo ligeramente el suelo y colo-  
cando un tutor, para impedir que el árbol  
tenga movimiento, hasta que las raíces se  
desarrollen y le fijen a terreno firme.

En esta forma, los árboles arraigan con  
más seguridad y crecen rápidamente.

En la antigüedad se atribuía gran im-  
portancia a los sueños, considerándolos  
como de origen divino y como visión de

cosas futuras. Esta creencia dominó en  
Egipto, Grecia, Persia, Asiria y en la Ju-  
dea. Hoy subsiste en muchas naciones aún.  
Los cristianos heredaron estas ideas de los  
griegos y los hebreos. Es innegable que  
durante el sueño se realizan actos intelectu-  
ales verdaderamente admirables. Soñan-  
do, muchos matemáticos han resuelto pro-  
blemas difíciles. Soñando, poetas y músi-  
cos han compuesto versos y trozos magní-  
ficos. Cuando los sueños tienen cierta ener-  
gía, como en la pesadilla, nos movemos,  
gemimos, suspiramos, lloramos y hablan-  
mos. La respiración y la circulación acom-  
pañan esta excitación, y el hombre más  
bien parece estar despierto quedormido.

Humboldt fué un hombre de inagotable  
fecundidad. Sus ocupaciones diarias eran  
tantas, que se veía en la necesidad de con-  
tinuar sus estudios científicos en la noche  
o en las primeras horas de la mañana. Has-  
ta treinta años antes de su muerte se le-  
vantó regularmente a las cuatro durante el  
verano y no cesó de trabajar hasta el últi-  
mo día de su vida. Murió a la edad de no-  
venta años.

Para conocer si un tejido contiene algo-  
dón, se lava un retazo del tejido en agua  
hirviendo y se deja secar. Se sumerge en  
ácido sulfúrico y se deja en este líquido de  
medio a dos minutos. Se echa en agua,  
donde se diluye todo el algodón, convirti-  
do en materia gomosa.

**INDIFERENCIA**



Hay momentos, Basilio, en que noto que pier-  
des el interés por mí.